

LA VILEÑO

Edición facsimilar

SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES
ATENEOS ESPAÑOL DE MÉXICO

RECORDAR EL OLVIDO

Clavileño

Edición facsimilar

Clavileño
Edición facsimilar

Secretaría de Relaciones Exteriores
Av. Juárez 44, Colonia Centro
C. P. 06000
Ciudad de México
www.gob.mx/sre

Editor:
Ateneo Español de México, A. C.
Teléfono: (55) 5709 0027
Hamburgo No. 6
Colonia Juárez
C. P. 06600
Ciudad de México
www.ateneoesmex.com

Primera edición: 2019

Ilustración de portada: Cabezal de la revista *Clavileño*.

© Prólogo: María Luisa Capella

ISBN: 978-607-97852-9-1

40 páginas

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Relaciones Exteriores y el Ateneo Español de México, A. C.

Impreso y hecho en México

María Luisa Capella

*...Ninguno de nosotros quedará rezagado en el camino,
vencido por el temor, la flaqueza o la desgana.
Dan vigor a nuestros ánimos las palabras que
Don Quijote dirigía a Sancho cuando ambos cabalgaban sobre Clavileño;
“Destierra, amigo, el miedo; que en efecto,
la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa”.*

Así terminan las “Primeras palabras” que el Director de la revista *Clavileño*, a la sazón Luis Rius Azcoitia, —con el apoyo indispensable de Arturo Souto Alabarce— dirige al posible lector de la revista, fundada en México en 1948. El cuerpo de redactores estaba formado por Jesús Bugada Lanzas, Inocencio Burgos, Manuel Durán Gili, Juan Espinasa Closas, Horacio López Suárez, Alberto Oliart, Rafael Segovia Canosa y Eduardo Ugarte Arniches y los mexicanos Alberto Gironella y Enrique Echeverría,

Es conmovedor leer esas primeras palabras en las que anuncia que “sale a la luz pública nuestra revista después de vencidos algunos titubeos, obstáculos y dudas a que dio lugar su realización”, y aprovecha para agradecer la generosidad de “maestros y amigos”. Le pide al lector que “no juzgue esa pequeña ventana abierta del estudio improvisado con el mismo rasero con el que se juzgan los grandes ventanales que mantienen vivo el fuego artístico de México”. Y explica que las inquietudes literarias de este grupo de jóvenes “tan ilusionados como inexpertos no pueden ser guardadas por más tiempo entre las cuatro paredes del cuarto del trabajo cotidiano”. Y remata aludiendo a la “sencillez y limpieza de nuestra fe en la obra que emprendemos hoy”. Alguien señaló: “Pobres de equipo pero llenos de fe, aseguran que la revista es el primer punto crucial de su vida de escritores. Un punto que no se puede sortear”.

Ya lo dice muy claramente Sara Escobar:

Se inicia la publicación de estas revistas cuando los escritores de la generación, siendo estudiantes universitarios, toman conciencia de que el camino a seguir para adquirir seguridad en sí mismos era a través de una ‘crisis en la búsqueda de su identidad’ (Pascual Buxó). Por tanto, estas publicaciones significaron una respuesta al estado de inquietud y depresión que en aquel momento predominaba en el grupo.¹

Luis Rius nació en Taracón, Cuenca, el 1º de noviembre de 1930. Murió el 10 de enero de 1984 en la Ciudad de México. Al estallar la guerra lo llevan a París y en 1939 llega a México, donde estudia los primeros años en la Academia Hispano Mexicana, escuela fundada por el exilio español. Rius aseguraba: aquí en México “he sentido nacer mi vocación de escritor” y en 1950, inmerso como estaba en los grupos de exiliados fue nombrado miembro de la Mesa Directiva, Sección Literatura, del Ateneo Español de México. Era doctor en Letras por la UNAM además de dar clases en varias instituciones educativas del país, pero lo que recordaba con mucho cariño era su estancia en la Universidad de Guanajuato, donde llegó a ser director de la Facultad de Letras de esa Universidad. Desde su regreso a México en 1957, aparte de clases en otros ámbitos fue profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde ocupó varios cargos de importancia.

¹ Sara Escobar Galofre. *La generación hispanomexicana del 50*. Estudio e índices de las revistas *Clavileño*, *Presencia*, *Segrel*, *Ideas de México* y *Hoja*, tesis para el título de grado, FFYL UNAM, 1974, México, capítulo 2, p. 25.

Clavileño, impresa en papel couché, de 25x28.5 cm, con un tiraje de 500 ejemplares, tuvo sus dificultades económicas para existir. El primer número fue financiado, con 250 pesos mexicanos, por Mariano Granados; se vendió a 50 centavos. El segundo, se publicó con las suscripciones y con las colaboraciones de sus mismos integrantes. Se vendió a un peso. Duró sólo dos números, el de mayo y el de agosto de 1948. Es bien sabido que la duración de las revistas emprendidas por jóvenes duran muy poco, normalmente por falta de recursos.

Se trata de una publicación realizada por universitarios que en su mayoría estudiaban en la Facultad de Filosofía y Letras de Mascarones, muchos de ellos serían luego profesores en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en la Universidad Autónoma Metropolitana, en la Universidad de las Américas o fueron investigadores en varias instituciones educativas de México.

Abro aquí un paréntesis para compartir el gusto, el disfrute que les daba dar clases en el Instituto de Cultura Superior, dirigido por su fundador Juan Espinasa Closas, centro docente de bien ganada fama. Espinasa colaboró en este primer número de *Clavileño* con un excelente “cuento de nostalgias aldeanas”: “Adriana”. Leyéndolo, uno no se explica por qué dejó de escribir; o al menos de publicar. Tal vez se debió a que “[...] Su profesión y vocación —dice Eduardo Mateo Gambarte—² es la escuela en la mejor tradición griega: lugar donde se comentan y discuten los temas que a alumnos y profesores les gustan, o atraen”. Nacido en Moncada y Reixach, en 1926, estudió, como casi toda su generación, en la Academia Hispano Mexicana; luego en la UNAM, medicina, pero se cambia a estudiar filosofía. Años más tarde, de manera póstuma vuelve a ser publicado por Ediciones Sin Nombre: en 2005 sale el ensayo escrito con su hija Tatiana Espinasa, *La última historia de amor. Dos ensayos sobre la obra de Robert Musil*, en 2010 el ensayo *La presencia de Michelangelo Antonioni* y en 2015 el libro de cuentos *El parque y otros relatos* y la novela *Las comulgantes*.

La presencia de Arturo Souto en esta revista es esencial. Me puedo imaginar muy bien tanto a Luis Rius como a Souto intercambiando ideas, revisando los sumarios, eligiendo los textos, pensando en las ilustraciones, buscando financiamiento; no es de extrañar que luego hicieran juntos la revista *Segrel*.

Souto nació en Madrid en 1930 y antes de la guerra viajó con su padre a Roma, Florencia y París. Vivió en la Habana y en Nueva York y desde 1942 hasta su muerte residió en México.³ De los integrantes de ese grupo era tal vez el más tímido y ensimismado y llevaba a cuestas una gran dosis de pesimismo. Su autocrítica fue tan feroz que, siendo un excelente narrador publicó muy poco. Algunos de sus cuentos los reunió en *La plaga del crisantemo*, en 1960. En la semblanza que hacen de Souto en la página web, *El cuento desde México* dicen de “Coyote 13” —una de las narraciones de ese volumen— que puede ser sin gran esfuerzo el cuento mexicano incluido en mayor número de antologías, tanto locales como extranjeras.

Ese cuento se ha traducido a otras lenguas. Según sé por su hija Matilde, hay varios manuscritos inéditos. Por lo pronto, en el “Cuento enano” que aparece en el primer número de *Clavileño*, asoma su preocupación social: “Bonifacio nació en un pueblo minero de cualquier parte del mundo [...] por aquellos tiempos la justicia aún no bajaba a las entrañas de la tierra”. Y es palpable la extraordinaria capacidad de crear la atmósfera adecuada. Juzguen ustedes en este “Cuento enano” si no es así. Después de describir la escena del nacimiento de Bonifacio, en un escenario de miseria lacerante, la madre muere:

² Eduardo Mateo Gambarte. *Diccionario del exilio español en México*, Ediciones Eunote, Pamplona, 1997, pp. 129-130.

³ *Diccionario de escritores mexicanos siglo XX: desde las generaciones del Ateneo y Novelistas de la Revolución hasta nuestros días*. México, UNAM / Instituto de Investigaciones Filológicas / Centro de Estudios Literarios, 2017. Ficha de Aurora Sánchez Rebolledo.

Por la calle principal del pueblo, chapoteando fango negro avanzaba una comitiva fúnebre. No era fácil distinguir entre muertos y vivos. Quizá fuera la muerta la que iba encerrada en el tosco ataúd de pino; quizá fuesen los vivos aquellos que lo cargaban. Pero estaban lívidos, sucios, caminaban quebrantados. El carbón lo llevaban a cuestas, en sus poros, en sus miradas... brillo negro.

Por esas exigencias para sí mismo, con su obra de creación, Souto se volcó al ensayo literario *Apuntes sobre la teoría literaria de Azorín y la Generación del 98* (1955), *El Romanticismo* (1955), *Grandes textos creativos de la literatura española* (1967), además de distintos prólogos para ediciones de *Cuentos escogidos* de Edgar Allan Poe, de *Madame Bovary* y de *La Araucana*. Se dedicó, muy especialmente, a la labor educativa en varias instituciones de México que tuvieron el privilegio de tenerlo como profesor, de contar con su labor docente, por la que recibió varias condecoraciones.⁴

Es ya proverbial lo que significaron estos maestros nuestros en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; hay testimonios de varias generaciones que guardamos en nuestras conciencias la resonancia de sus voces, pero para los que como yo, nacidos en México hijos de exiliados españoles, para los que como yo “ya vimos los volcanes al nacer”, como cariñosamente se refería a nosotros Luis Rius, significó aún más: nos acercaron a la literatura del exilio español: Cernuda, Emilio Prados, Moreno Villa, Bergamín, Altolaguirre, Concha Méndez, Ernestina de Champourcín, Rejano, León Felipe, María Zambrano y un largo etcétera (que en aquellos años sesenta aún no formaba parte de las lecturas habituales de los mexicanos) nos hicieron, por tanto, conocer mejor a nuestros padres y de esa manera descubrimos a nosotros mismos, saber un poco más de lo que somos. Con ellos aprendimos, como decía María Zambrano que “la memoria está siempre ahí, no descansa”. Nos hablaban de la desgarradura que había significado para estos poetas mayores del exilio:

Este desgarramiento —dice Luis Rius—⁵ adquiere por supuesto registros particulares en cada uno de estos poetas, que caben ya armonizados en una voz total: la emoción reflexiva de Moreno Villa, la serenidad anhelante de Díez-Canedo, el patético son de la voz de Domenchina, la efusión cordial, abrasadora de Garfias, la desamparada soledad de Prados, la inteligencia herida de Cernuda, zigzagueando entre el amor y el odio, el asombro imperturbablemente candoroso de Altolaguirre, la vehemencia apasionada de Rejano, la rabiosa y esperanzada nostalgia de Giner de los Ríos... Esa voz total resultante de todas las grandes voces individuales tiene una principal característica: hondura humana.

Enrique López Aguilar, un compañero de la Facultad, en la compilación que hace de seis poetas de esa generación, dice en la nota preliminar:

Muchos de nosotros, desde nuestra formación profesional en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, hemos tenido contacto con los integrantes de la generación “Nepantla” —vocablo Náhuatl cuyo significado, entre dos tierras, fue utilizado por Francisco de la Maza para describir a la segunda generación de exiliados españoles en México—, aquella que por edad no podía elegir el exilio sino, más bien seguir el destino de los padres.⁶

Estos escritores de ambas orillas, unos más que otros, en esos años cuarenta llevaban los ojos todavía empañados de polvo y muerte. No es de extrañar que en la primera página del primer número de

⁴ Aurora Sánchez Rebolledo. *Op. cit.*

⁵ *Poesía. 1 y 2. Poetas Españoles del exilio*, Introducción de Luis Rius, Colección Voz Viva de México, México. UNAM, S/F.

⁶ Enrique López Aguilar. *Sextante. Poesía recogida de seis autores hispano mexicanos*, Universidad Autónoma Metropolitana, Dirección de Ciencias y Humanidades / Ateneo Español e México, Col. Los ríos que van a dar a la mar. 2013, p. 13.

Clavileño se reproduzca parte del poema de Miguel Hernández: *España 1936* y una reproducción de una pequeña parte del *Guernica* de Picasso.

En los dos números están presentes todos los géneros: ensayos literarios, poemas, cuentos y reseñas tanto de libros como cinematográficas. Entre los ensayos vemos como Manuel Durán, cuyo título llama la atención *Nosotros y los demás* se queja amargamente de

[...] la falta de comprensión que en el mundo existe con la producción literaria clásica española y no se debe a factores literarios sino a falta de interés hacia una España no superficial ni turística, diferencias entre nuestro carácter y el de otros pueblos, condiciones políticas y sociales adversas, causas que han provocado un fenómeno de distracción por parte de los demás cada vez que era preciso conceder a España el *minimum* de esfuerzo necesario para comprender sus problemas y su obra de creación.

Hay ahí el reflejo de esa desazón por lo que le estaba pasando a España y, por supuesto, a ellos mismos. Esa falta de reconocimiento; el temor casi agónico del ostracismo uno de los peores castigos al que tanto temían los griegos: apartamiento, indiferencia, destierro.

O bien, como la reseña —tan significativa para esos años— que hace Arturo Souto de la película *La bella y la bestia*. La discusión del momento era sobre el valor artístico del cine. Ante la idea de algunos de que para considerar al cine como arte, había que esperar, Arturo Souto afirma tajantemente que “el cine es arte hoy y ahora”. Cree firmemente que el cine va desplazando al teatro: “en la cinematografía se sintetizan los tres factores fundamentales: la fotografía, el argumento y la actuación”. Para apoyar sus argumentos sobre la fotografía saca a colación las imágenes de las mujeres, con rebozos blancos frente al mar, película mexicana, fotografía de Figueroa. Del argumento dice que mientras haya buena literatura habrá buen cine y de la actuación, que en el cine gana en matices.

Las poesías que se incluyen son del propio Luis, de Gironella, Inocencio Burgos, Víctor Rico Galán con temas que rondan la muerte, la ausencia, el abandono, que alcanza a José Luis Hidalgo, poeta español que se quedó en España y de cuyos poemas hace la reseña Manuel Bonilla, a quien conocimos además como el mejor librero que había en esos tiempos, y los relatos a cargo de Jesús Bugada, tan singulares como “El poseso” o “El ‘otro’ señor García” de Fernando Rico Galán, o la frescura realista de “Adriana” de Juan Espinasa.

Las ilustraciones de la revista son de lujo: Alberto Gironella Ojeda, Arturo Souto, Ramón Gaya (cuyo exilio fue relativamente breve en comparación con los demás, pero que dejó huella) y Carlos Marichal. En ambos números de la revista hay reproducciones de dibujos o grabados de Picasso y Goya.

Manuel Aznar Soler,⁷ dice que:

La presencia de los literatos españoles en México es mayoritaria y los temas más frecuentes que tocan son la soledad, el amor fallido y la muerte: Luis Rius, Manuel Durán, Arturo Souto Alabarce, Inocencio Burgos, Víctor Rico Galán o Fernando Rico. No obstante, también se recogen colaboraciones del librero Manuel Bonilla, poemas de José Luis Hidalgo o del mexicano Alberto Gironella, así como cuentos de Jesús Bugada, Alberto Oliart o Eduardo Ugarte Arniches. Los colaboradores y redactores de *Clavileño* —al igual que los de la futura *Segrel*— hacían gala de su apoliticismo, aunque es notable su óptica marcadamente española, que podría indicar además, su falta de sentimiento de pertenencia a la sociedad mexicana de ese momento.

⁷ *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Tomo II, Madrid, Editorial Renacimiento, 2016, p. 102.

Siendo esta idea de la “no pertenencia” a la sociedad mexicana bastante evidente en esos años cuarenta, cuando se publica *Clavileño*, puede ser la causa de lo que apunta Arturo Souto en la entrevista que le hace Sara Escobar:

Estas revistas, sobre todo *Clavileño* y *Segrel* se caracterizan por una falta casi absoluta de ‘actitud’ [...] Si una revista literaria debe responder casi por axioma, a una definida actitud estética, filosófica, social, política, etc. Todas ellas propendían en mayor o menor grado a la estricta expresión literaria, sin meterse en honduras. Hasta cierto punto sólo *Presencia* intentó en más de una ocasión romper esta ‘torre de marfil’.⁸

La tendencia al purismo poético en esas publicaciones era general e intuitiva, aunque eso no impedía que en la vida cotidiana, la política mundial, no sólo la de España, y las reflexiones filosóficas, históricas etc., fueran temas diarios.

Ellos sí notaban, según Arturo Souto, que estas revistas de jóvenes faltaban de lo que siempre ha caracterizado los escauceos literarios: el entusiasmo agresivo, las polémicas, la actitud bélica si se quiere, de las nuevas generaciones.⁹

La falta de compromiso político fue bastante criticada, por ejemplo, por Max Aub. Una de las críticas de alguno de sus mayores, que consigna Sara Escobar en su tesis,¹⁰ decía que era loable el empeño pero que:

Clavileño nunca voló para sí: fue menester la estupenda fe del hidalgo, toda juventud del alma, y la enternecedora ingenuidad de su escudero para obrar el milagro. Esto que sale ahora, lejos de nuestra España, lleva sobre sí un sueño ingenuo y noble que puede “arrancarlo” de la tierra. Cuando la indudable juventud de quienes lo tripulan se subleve contra lo injusto y lo caduco, es fácil que lo veamos remontarse hacia lo más alto y más hondo de nuestro cielo humano.¹¹

Ante esta nota, y supongo que por otros comentarios escuchados aquí y allá, en el editorial de la página 2 del número 1, el director hace una comparación muy singular para explicar el temor al ridículo y al fracaso que los inunda:

[...] La pasión por la señora de treinta años cuando teníamos trece o catorce, han hecho reír a cuantos nos vieron temblorosos ante ella incapaces de unir dos palabras con lógica. La experiencia demuestra que en estos casos se fracasa siempre: de ahí el ridículo; y sin embargo con qué intensidad hemos vivido esos momentos mientras los demás se reían.

De ese tamaño era su inseguridad y su necesidad de lograr el empeño.

[...] Los hombres expertos que ven nuestra obra sonríen con un poco de ironía y otro poco de condescendencia —esto es lo más indignante— y piensan ‘una revista más’. Algunos hay y bastantes que se burlan abiertamente del intento.

⁸ Arturo Souto. “Nueva poesía española en México”. 2ª parte *Ideas de México*, núm. 7-8, México, septiembre-octubre 1954, p. 32.

⁹ *Idem*.

¹⁰ Sara Escobar. *Op. Cit.*

¹¹ Editorial, “Revistas”, en *Las Españas*, núm. 9, año III, México, 29 de julio de 1948, p. 4.

Para ellos, la razón de ser de las revistas “respondía a la necesidad de expresar las inquietudes de sus creadores a través de la literatura en cuyo caso la utilizaban como un medio y no como un fin”.

Otra función importante que cumplieron estas revistas fue la de archivo; es decir conservar algunos textos que de no ser porque se publicaron en *Clavileño*, se habrían perdido, o se publicaron marginalmente. Por ejemplo, algunos poemas de Víctor Rico Galán sólo se conservan gracias a esta revista. Rico Galán, importante dirigente de movimientos de izquierda fue por esa razón encarcelado. La familia, temerosa de que lo culparan más, quemaron los papeles que tenían entre los que había reflexiones diversas y poemas. Aquí están tres poemas: “Camino en la noche”, “Variaciones sobre un tema” y “Muerte en la vida”.

Algo parecido ocurrió con los poemas de Inocencio Burgos, que no por persecución política, sino por cierta desesperación personal, perdió o quemó algunos de sus poemas. Aquí se publicaron: “Nada” y “Morir de otoño”. Y sin ir más lejos, el “Cuento enano” de Arturo Souto, no fue recogido en *La plaga del crisantemo* y, aunque es probable que esté en su archivo, al menos lo tenemos en *Clavileño*.

Al paso de los años se darían cuenta de la enorme verdad que encierra lo que Bergamín dijo alguna vez: “la búsqueda de la raíces es una manera soterrada de andarse por las ramas”. El mismo Luis dice en 1967 que cuando este grupo ya asume su condición de desterrados: “cuando ya no vemos como un estado provisional [...] sino que sentimos que de él está hecha nuestra sustancia primaria y definitiva”, que si estando en México les falta el sustento de España, si fueran a España, les faltaría el sustento de México: “El destierro no nos lo da ya ni nos lo quita ninguno de los dos países, porque no está en ellos sino en nosotros formando parte de nuestro ser”.¹² Veía claramente el enriquecimiento que significaba ser fronterizo; le interesaba mucho la riqueza que significaba la misma lengua con otros “modos”. De hecho, la tesis que me propuso hacer para obtener el grado de Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas fue: “La huella mexicana en León Felipe”.

Llegó a la misma conclusión que planteaba Tomás Segovia, algunos años antes, con respecto al exilio, que debe “vivirse no como un episodio sino como una condición de la vida del exiliado; considerar el exilio como un marco de la vida, no como algo que termina, sino como un horizonte de sentido”.¹³

Los hombres fronterizos —sigue diciendo Luis— tienen que derruir los altos muros de la frontera donde habitan para poder utilizar las piedras en la construcción de sus casas. Es una lástima que no seamos más en el mundo; así no quedaría ningún muro deshabitado en pie.¹⁴

En contra de lo que opinó en su momento el editorial de la revista *Las Españas*, yo creo que esta generación de escritores hispanomexicanos del 50, por la fe que pusieron en ello, se remontaron en *Clavileño* hacia lo más alto y más hondo de nuestro cielo humano. El viento lo llevaban en popa.

¹² Sara Escobar, *Op. Cit.*, Conferencia, pp. 28-29.

¹³ Tomás Segovia. “Explicación sobre el exilio” en *La gaceta* del Fondo de Cultura Económica, núm. 8, México, agosto de 1971, p. 14.

¹⁴ Luis Rius. Conferencia inédita.

CLAVILEÑO



Año I Número 1



Mayo de 1948



Precio \$ 0.50

Primeras Palabras

Sale a la luz pública nuestra revista, después de vencidos algunos titubeos, obstáculos y dudas a que dió lugar su realización. Esto ha sido posible gracias al constante aliento y ayuda generosa de unos cuantos artistas —maestros y amigos—. Para ellos, nuestro cariño y reconocimiento.

En el estudio improvisado, hemos abierto la ventana que, durante tanto tiempo, a través de sus cristales, dejó pasar la luz de otras revistas literarias e hizo madurar en nosotros la ilusión que hoy queremos satisfacer.

La ventana del estudio es pequeña, insignificante. No la juzguéis con la misma severidad con que juzgáis los grandes ventanales que mantienen vivo el fuego artístico de México.

Somos un grupo más de jóvenes, tan ilusionados como inexpertos, cuyas inquietudes literarias no pueden ser guardadas por más tiempo entre las cuatro paredes del cuarto de trabajo cotidiano: fragua y taller, río caudaloso, cielo de amplios horizontes, mar encrespado, se-

gún el momento de nuestra exaltación lírica o la serenidad de nuestro ánimo.

Permítenos, lector, declarar, con toda sencillez y firmeza, nuestra fe en la obra que emprendemos hoy. Confiamos en ella, porque confiamos en nosotros mismos. Oímos la voz que nos grita, alentándonos, y percibimos la claridad que guía y presta seguridad a nuestros pasos. El que hoy damos, no es improvisado. Nuestra decisión ha sido precedida de meses, años quizá, durante los cuales hemos procurado reunir y poner en el mayor orden posible ideas, anhelos, bagajes adecuados a un largo camino que será febril y glorioso.

Ninguno de nosotros quedará rezagado en el camino, vencido por el temor, la flaqueza o la desgana. Dan vigor a nuestro ánimo las palabras que Don Quijote dirigía a Sancho cuando ambos cabalgaban sobre Clavileño: "Destierra, amigo, el miedo; que en efecto, la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa".

EL DIRECTOR

Dedicamos este Número a la Memoria de Nuestro Compañero Muerto:
RAFAEL MELGAR REGUERA

SUMARIO

PRIMERAS PALABRAS	El Director
CAMINO EN LA NOCHE	Victor Rico Galán
EDITORIAL	
CUENTO ENANO	Arturo Souto Alabarce
POESIA	V. Rico Galán, L. Rius Azcoita, A. Giromella e I. Burgos.
JOSE LUIS HIDALGO Y LAS DOS TENDENCIAS DE LA POESIA ACTUAL ESPAÑOLA	Manuel Bonilla
ADRIANA (Cuento)	Juan Espinasa Closas
EL OTRO SEÑOR GARCIA (Cuento)	Fernando Rico Galán

CAMINO EN LA NOCHE

(Historia de una agonía compuesta en memoria de Dn. Miguel de Unamuno)

Por Victor Rico Galán.

—¿Me da usted fuego, por favor?

Tendí mi cigarrillo encendido al desconocido que se había parado ante mí en la acera desierta. Por no parecer impaciente, me abstuve de mirarlo mientras encendía su cigarro. e, inconscientemente, volví la vista hacia arriba y quedé mirando a la Luna, en prudente espera. Pero el individuo aquel parecía necesitar mucho tiempo para la sencilla operación que estaba realizando y, sin esperar más, me volví. Su mirada había seguido la dirección de la mía.

¿Le gusta a usted mirar la Luna?

—Es interesante verla así —repuse—, rodeada de nubarrones...

—Sí, hay algo de aquellarre en esos claroscuros violentos de las nubes. Y en el silencio, es lo que más me atrae y me atemoriza a la vez: es como si se desprendiera uno del tiempo para penetrar en el espacio puro, porque los sonidos lo dividen y lo hacen actual; pero el silencio lo suspende, lo esconde. Entonces se ve muy cerca la muerte, el espacio se hace infinito al faltarle su límite que es el tiempo, la división, el ruido. Pero me parece que hablo demasiado y le molesto a usted con mi charla.

—No, no. Nada de eso. Quisiera preguntarle una cosa: ¿Y el tiempo puro?

—Quizá el amor es el alma palpitando en el tiempo; quizá cuando oímos una pieza de bella música. Entonces vivimos intensamente; pero el silencio es la antesala de la muerte

—Sin embaro, siempre hay algo que divide, y por lo tanto instituye en el tiempo.

—Por eso he hablado de la antesala de la muerte. El silencio absoluto sería la muerte misma.

Mi interlocutor volvió a mirar la Luna. Yo permanecí silencioso, sin atreverme a interrumpirlo. Aquel hombre producía en mí una impresión inexplicable: me había empequeñecido con sus palabras, y no tuve valor para hablar, seguro de que cualquier cosa que dijese rompería algo que vagamente percibía, sin saber lo que era.

Al fin se volvió hacia mí con una sonrisa que parecía anular toda la conversación anterior. Era el hombre sociable, cuidador de la forma externa aún ahogando al hombre puro, el que apareció en aquella sonrisa. Comprendí que allí terminaba todo lo que tanto me interesaba y procuré evi-

(Pasa a la pág. 2)

CAMINO EN LA NOCHE

(Viene de la 1a. Pag.)

tarlo. Yo no estaba dispuesto a que las palabras del desconocido quedasen truncas; no quería volver a mi vida monótona y aburrida sin saber más del silencio.

—¿Y cómo aprendió usted todo eso? —pregunté.

—“Eso” no se aprende: se vive. Yo soy ave nocturna: de día no vivo; pero de noche, en el silencio, percibo todo con una intensidad que me llena el alma y casi podría decir que la rebasa. En la noche todo adquiere un significado nuevo, y resalta como lo blanco sobre lo negro

—Se vive; pero ¿cómo?

Me miró con ojos penetrantes, como si tratara de medirme. Yo sostuve su mirada sin hablar.

—Venga usted.

Le seguí sin vacilaciones. Aquel “venga usted” había sido dicho en un arranque súbito, lleno de voluntad, con la convicción de lo indiscutible. Mi interlocutor andaba ahora en silencio, con los ojos fijos en la noche. Miré también hacia ella y sentí que mis propios ojos se hacían noche lentamente. No sé cuánto tiempo caminamos así: yo no volvía la vista hacia los lados. Empecé a notar una sensación vaga de ingravidez: era como si bajo mis pies no hubiera suelo que pisar. Pausadamente, sin saltos bruscos, con una suavidad aterradora, este sentimiento se fué apoderando de mí. Pero no miré hacia abajo: conservé mis ojos fijos en la Luna. Ahora veía con mayor claridad los celajes oscuros que la rodeaban: se movían incesantemente; pero sin prisa, con su eternidad por delante. Adoptaban formas caprichosas, siempre iluminados en sus bordes y en las partes más traslúcidas por una luz brillante, nunca chillona, como de terciopelo. A veces se parecían a las figuras atormentadas, hundidas bajo el peso de su propio infortunio, que pintó “El Greco”.

Por momentos el silencio se agrandaba. Yo sentía cómo el tiempo se iba quedando a mi espalda, y aquella sensación de infinitud —o de nada— se me metía cada vez más dentro del alma. Y continué con la vista fija en la Luna, que se acercaba, se acercaba... Sentía unos deseos enormes de mirar hacia abajo, pero no me atreví. El ansia de saber por donde iba me torturaba, y, al mismo tiempo, estaba seguro de no hallar nada, de que no había nada, nada. Temblaba ante la idea de mirar, de ver el abismo que sabía bajo mis pies. Sí, lo sabía, pero no quería verlo, me daba terror apartar la vista de la Luna. Y seguí caminando con los ojos inmóviles, no quería caminar, no: me daba miedo; pero sabía que si me detenía ya nada cortaría el tiempo que mis pasos rítmicos conservaban aún en aquel reino del silencio, del espacio; sabía que si paraba me hundiría

Editorial

Hay actos en la vida del hombre que contienen a la vez una gran profundidad vital, y una buena dosis de ridículo. La pasión por la señora de treinta años, cuando teníamos trece o catorce, han hecho reír a cuantos nos vieron temblorosos ante ella, incapaces de unir dos palabras con lógica. La experiencia demuestra que en estos casos se fracasa casi siempre: de ahí el ridículo; y sin embargo, ¡con qué intensidad hemos vivido aquellos momentos, mientras los demás reían!

Pasa el tiempo, y ya sabemos algo del disimulo, ya no hacemos el ridículo —o lo hacemos menos— por culpa de la mujer. Ahora escribimos, y esto nos arrastra ineludiblemente a otra posición difícil. Volvemos a ser el hazmerreír del prójimo, porque... publicamos una revista. ¿Hay algo más natural? Y a la vez ¿hay algo más ridículo? De tantas revistas como se publican, fracasan la mayoría. El joven escritor pone todo su entusiasmo y su fe; pero sólo unos pocos, poquísimos, salen avante. Los demás son eliminados: no sirven. Y, claro, los hombres expertos que ven nuestra obra sonríen con un poco de ironía y otro poco de conmiseración —esto es lo más indignante— y piensan: *Una revista más.* Algunos hay —y bastantes— que se burlan abiertamente del intento. Mientras, el joven trabaja: escribe, pule su obra, planea el formato, corrige pruebas, discute con sus compañeros este o aquel detalle, busca anuncios... A veces se detiene un momento sobre las cuartillas y piensa en un probable fracaso. *Sólo unos pocos llegan.* Esta idea le obsesiona. Y tiembla. Acaso todo eso que escribe con tanto entusiasmo no valga nada. Mentalmente analiza y compara. ¿Hay algo nuevo, algo suyo, en esas líneas de letra nerviosa? Los que llegaron tenían algo que decir ¡y lo han dicho tan bien! El joven vuelve a mirar sus cuartillas. ¿Valdrá algo esa prosa desaliñada, esa prosa de ignorante? ¿A quién le ha de interesar tanta imperfección, cuando lo excelente, lo genial, se puede obtener en cualquier librería?

Ha entrado en el cuarto —que recibe el pomposo nombre de redacción— un amigo de los jóvenes. Lee y anima. Todos ven en sus labios una palabra no pronunciada: *Quizás...* La pluma corre de nuevo por el papel.

Sí. Hay que escribir, hay que publicar la revista. Se va al fracaso o al éxito; pero no vale detenerse. La revista es el primer punto crucial de nuestra vida de escritores, un punto que no se puede sortear. Es tan fatal para nosotros como la misma vida. El que deserte ahora está vencido sin luchar; el que prosiga tiene con la probabilidad del fracaso, un resquicio de luz, un *quizás*.

Y si tú, lector, tienes tentación de reírte, domínala. Sólo te pedimos eso. Concédenos tu atención y tu crítica. Favorable o condenatoria será mejor que tu sonrisa. Y sobre todo, no nos compadezcas. Piensa que tú también deseas —o deseaste— volar sobre Clavileño, así, como lo hacemos nosotros, pobres de equipaje, pero llenos de fe. Y no merece ofensa ni desprecio el que quiere volar —aunque caiga.

en la nada, moriría, sí, moriría sin remedio. No quería morir: quería vivir, aunque fuese en aquel terror lúgubre; aunque tuviese que pasar la eternidad así, amarrado, impotente, temeroso. Y seguí caminando con los ojos inmóviles. Me hundía cada vez más dentro de la noche, y la noche cada vez más dentro de mí. Apenas podía soportar ya el miedo y sentía que mi resistencia —forzada hasta el máximo— estaba a punto de romperse.

Me detuve en seco y vi pasar a mi compañero sin mirarme, con los ojos inmóviles. De pronto me arrepentí de haber parado.

—¡No, no! ¡Espéreme! ¡Espéreme!

Pero continuó su camino sin hacer siquiera un gesto, y yo me aterroricé más al oír mi voz que sonaba siniestramente en medio del silencio. Poco a poco lo fuí perdiendo de vista: vi cómo se confundía con la noche, cómo su figura, extrañamente luminosa en los contornos, se esfumaba en los celajes oscuros que coronaban la Luna.

REDACTORES

Director:

Luis Rius Azcoita.

Redactores:

Jesús Bugeda Lanzas. — Inocencio Burgos — Enrique Echeverría — Juan Espinasa Closas — Alberto Girónella Ojeda — Horacio López Suárez — Francisco Moreno Capdevila — Alberto Oliart — Fernando Rico Galán — Víctor Rico Galán — Rafael Segovia Canosa — Arturo Souto Alabarce — Eduardo Ugarte Arniches.

Redacción: Paseo de la Reforma
No. 35, dep. 102.

México, D. F.



Y me quedé allí en la soledad, manchando la noche con mi presencia. La piel, la carne y los huesos se me iban haciendo noche suave, muy suavemente. La angustia me ahogaba: quise moverme y no pude; quise gritar y descubrí que no tenía voz. Dentro y fuera del alma, noche, silencio, espacio...

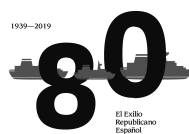
Clavileño

Edición facsimilar

editado por la Secretaría de Relaciones Exteriores y
el Ateneo Español de México.

Se terminó de imprimir en abril de 2019
en los talleres de Editorial Color, S. A. de C. V.,
Naranjo # 96 Bis, Col. Santa María La Ribera,
C. P. 06400, Ciudad de México.

La edición estuvo al cuidado de María Álvarez Reyes Retana,
Julio Cárdenas y Ana María Jaramillo.



1939—2019



El Exilio
Republicano
Español

ISBN: 978-607-97852-9-1



9 786079 785291



SRE
SECRETARÍA DE
RELACIONES
EXTERIORES

